

El espacio psíquico como dominio relacional multidimensional: o de los diversos inconscientes

Psychic space as multidimensional relational sphere or diverse unconscious

*Carlos Alberto Palacio Gómez**

Recibido noviembre 08 de 2010, aprobado noviembre 16 de 2010

Resumen

En el presente artículo se expone una visión del espacio psíquico y del inconsciente desde una perspectiva generativa biológico-cultural o compleja, en la cual no hay primacía de lo biológico sobre lo cultural ni lo contrario, sino una interacción constante entre ambos dominios, de modo que, si en la praxis del vivir, se cultivan las poéticas del observar colegiante o del observar privilegiante, se generarán espacios psíquicos verticales, dominantes y competitivos o espacios psíquicos horizontales, amables y colaborativos.

Palabras clave: psicología, psiquismo, inconsciente, biología cultural, complejidad, culturas patrísticas, culturas matrísticas.

Abstract

The present article presents a view of the psychic space and the unconscious from a generative biological-cultural perspective or complex where there are no privileges between the biological aspects over the cultural ones, nor the converse, but a constant interaction between both domains, in such a way that, if in the living praxis the poetics of the observation or the privileged observation are cultivated, new psychic vertical, dominating, and competitive spaces or horizontal, gentle, and collaborative psychic spaces will be generated.

KeyWords: psychology, psychism, unconscious, cultural biology, complexity, Patristic cultures, matristic cultures

* Ph.D. en Filosofía, UPB. Candidato a Ph.D en Pedagogía de la Diversidad Sociocultural de la Universidad Complutense de Madrid. Especialista en: Literatura de la U.de.M, Humanismo de la UPB; y Educación Moral y Cívica de la Universidad Complutense de Madrid. Ingeniero Civil, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Es cofundador del programa de Psicología de la IUE y coautor del Modelo Pedagógico Dialógico de la misma Universidad. Actualmente se desempeña como Jefe de la Oficina de Humanidades de la IUE.

En el presente ensayo me referiré a la dimensión psicológica, desde una perspectiva multidimensional o biológica cultural, sobre la condición humana y esbozaré, a grandes rasgos, dos espacios psíquicos típicos o genéricos: los patristicos o privilegiantes y los matrísticos o colegiantes, que pueden visualizarse desde la objetividad entre paréntesis. La pregunta inicial es ¿Cómo se ve el espacio psíquico desde la conciencia de los fundamentos biológicos del conocer? Recordemos que quien pregunta es un observador, un observador que no tiene acceso a una experiencia objetiva, sino siempre a la generada por su propia estructura. ¿Qué es lo que ve el observador cuando dice que ve el espacio psíquico? Al respecto dice Maturana, “sostengo que eso que distinguimos en la vida diaria como la mente, la psique, o el alma, es la forma de relaciones de un organismo en su dominio de existencia, o uno de sus aspectos” (1995, p. 53).

De acuerdo con esta afirmación, el espacio psíquico no queda en el dominio fisiológico, aunque es función también de éste, sino en el dominio de la relación del organismo con el medio. Éste constituye un reparto fundamental en la comprensión de la dimensión psíquica del ser humano como ser vivo y como ser cultural y significa que localizar en el cerebro las emociones, los significados o los símbolos, es confundir lo que sucede en dominios diferentes; por tanto, las emociones, los significados y los símbolos, de acuerdo con esto, quedan en el dominio de la relación del organismo con el medio, a partir de los cuales, lo que sí puede hacerse, es correlacionar funcionamientos específicos del organismo y del sistema nervioso. Maturana lo plantea claramente:

Así, lo que digo, es que desde el punto de vista de lo que nos sucede en nuestra vida, lo que denotamos con palabras como alma, mente o psique son diferentes rasgos de nuestra forma de relacionarnos en nuestro dominio de existencia, y no entidades o componentes de nuestro ser en relación con los que sería idóneo preguntar cómo interactúan con el cuerpo. De acuerdo con lo que digo, entonces, el problema mente-cuerpo surge de un cuestionamiento engañoso y desconcertante, y es, por tanto, un problema falso (1995, p 53).

Los espacios psíquicos, como dominios de relaciones del organismo con el medio, generan diferentes maneras de comportarse al revelar diferentes formas de acoplamiento estructural con el medio. Los espacios psíquicos aparecen para los propios observadores bajo la forma de sus conversaciones, puesto que éstas modulan y constituyen las posibilidades de hacer consciente lo que hasta un momento dado era inconsciente para el propio observador¹. El espacio psíquico como el dominio de relaciones del sistema vivo, nos permite entender como el espacio psíquico es el espacio relacional multidimensional biológico en el cual el homo sapiens vive como una entidad biológica su realización como ser humano, y también como la psique, o la mente, o el alma como rasgos del vivir psíquico modulan la fisiología del ser humano (Maturana, 1995, p 56).

El inconsciente surge de la limitación intrínseca del observar frente a la amplia gama observable de relaciones multidimensionales del organismo. Las más de las veces, nuestro respirar es inconsciente y se hace consciente cuando lo distinguimos de alguna manera. Igual ocurre, en el dominio del conversar, cuando un comportamiento es descrito desde un plexo alternativo de sentidos y causalidades al que se le atribuía ordinariamente y, tal descripción, es aceptada; ella se convierte en la explicación del mecanismo inconsciente del comportamiento descrito. No todo lo percibido es observado y el lugar de la conciencia es el del observar². Por eso, Maturana invita a reconocer que, en la vida diaria, tenemos percepciones inconscientes, esto es, distinciones de características de una situación *a posteriori* de dicha situación. También, tenemos conversaciones y adversaciones inconscientes, es decir, coordinaciones o descoordinaciones –respectivamente– recurrentes de acciones y emociones con nosotros y con los otros de carácter

¹ Por esta razón, el inconsciente es visto por corrientes psicoanalíticas como estructurado, como un lenguaje, porque del inconsciente siempre sabemos desde el conversar.

² Sin embargo, debo ser claro al afirmar que, desde lo biológico, la intención –consciente o inconsciente– que se le atribuye a un comportamiento, es un juicio explicativo de un observador sobre el mismo, pero lo que da lugar específico al comportamiento o a la conducta es la deriva estructural en la que cambios de estado del sistema nervioso y perturbaciones específicas generan respuestas también particulares que el observador ve como conducta.

endoxistente. La conciencia es del orden del observar, de la existencia, mientras que lo inconsciente es del orden de lo endoxistente o de lo in distinguido. Lo inconsciente endoxiste y persiste: primero, porque existe cuando se hace consciente, y, segundo, porque su efectividad, su persistencia, se hace manifiesta en la dinámica del deseo o del querer.

El espacio psíquico, como dominio de las relaciones del organismo, está constituido, entonces, por una dimensión consciente y por otra inconsciente, y su complejidad está determinada por la recursividad multi-relacional entre las relaciones del organismo a las que conduce la recursividad de coordinaciones de acciones del lenguajear y de dominios de acciones del emocionear. La participación en redes de conversaciones específicas puede incidir en el cambio del espacio psíquico experimentado, pero, la vivencia de la experiencia del espacio psíquico es intransferible. Desde este punto de vista, las pulsiones —el psicoanálisis habla de la erótica y la tanática— son causas, atribuciones o proposiciones explicativas del comportamiento que hace un observador que siempre están relacionadas con las dinámicas emocionales cultivadas por el ser humano que actúa en una cultura determinada.

Recordemos que el curso del vivir de un organismo está determinado por la dinámica de cambios de estado propia del sistema nervioso, modulada por el tipo de interacciones que tiene con el medio. Por lo tanto, detrás de lo que un observador distingue como pulsión —similar al pulso sanguíneo— lo que hay es, primero, en el dominio de los estados del sistema nervioso, determinados ciclos de cambios de relaciones de actividad entre componentes neuronales, y, segundo, en el dominio de la relación del organismo con el medio, la emoción como disposición corporal agenciando determinados dominios de acciones. A mi modo de ver, una de las ventajas de la distinción emocional que propone Maturana, y que yo comparto como observador, es que remite directamente al estado del cuerpo y éste, a su vez, a las acciones que puede realizar dicho cuerpo, incluidas las psíquicas, que son acciones realizadas en el dominio del observar en el conversar íntimo.

Puesto que, lo objetivo no existe independiente del observador, la subjetividad como lo opuesto a lo objetivo tampoco existe. La subjetividad, desde la perspectiva del observador, es una proposición explicativa del fluir del comportamiento de un ser humano. Lo subjetivo debe, más bien, connotar el espacio psíquico como el dominio relacional multidimensional desde y en el que el observador tiene la experiencia de ser en la intimidad de su ser³. Ahora bien, el vivir en la

³ Para Guattari, cuya reflexión se ubica también en el dominio de las ontologías constitutivas, las instancias que producen subjetividad son de orden individual, colectivo e institucional, entre otras. La subjetividad es un efecto del cruce de registros semióticos de diferente índole, sin que ninguno de ellos posea el derecho o la exclusividad de revelar en su esencia el significado y sentido de los demás. En otras palabras no hay un sistema jerárquico obligado para esos registros semióticos. Las relaciones de influencia entre ellos no son inyectivas, uno a uno o lineales, sino múltiples, intrincadas, curvas o circulares.... en una palabra: complejas. No hay causalidad unívoca entre ellos así como tampoco hay una oposición entre sujeto y sociedad en esta perspectiva de conocimiento. No se trata de retomar esquemas de corte binario (infraestructura material y superestructura ideológica) sino de visualizar la subjetividad como una realidad plural y polifónica. Guattari busca revisar los modelos de inconsciente contemporáneos por tres razones: Porque lo subjetivo ha irrumpido en la actualidad por la influencia de los mass media en los procesos de producción de subjetividad y porque la etología y la ecología de la subjetividad humana abren nuevas perspectivas de entendimiento. Actualmente las ciencias encargadas de lo social y de lo subjetivo trabajan con paradigmas reduccionistas, que cierran el tránsito de un registro a otro en el análisis de la producción y desarrollo de la subjetividad: se reduce lo social a lo subjetivo o se reduce lo subjetivo a lo social o se resbala el problema. Es por esto que según Guattari se requiere una visión transversalista de la subjetividad que permita explicar la dinámica entre los territorios existenciales (plano ideológico) y los universos incorporales (plano axiológico), así como las producciones semióticas de los mass media, la informática, la telemática, la robótica y la subjetividad psicológica. Tanto las máquinas sociales como las máquinas tecnológicas de información afectan la subjetividad humana en el funcionamiento de la memoria, de la inteligencia, de la sensibilidad, de los afectos y de los fantasmas. En ese adentro que se encuentra afuera y viceversa, - lo social en lo subjetivo y lo subjetivo en lo social- las modificaciones del uno afectan al otro: el texto y el contexto, para utilizar esta analogía, se influyen mutuamente habida cuenta del material significativo que las atraviesa y que impide la impermeabilización de una de ellas. La producción de subjetividad se caracteriza porque en ella actúan componentes heterogéneos en tres niveles: componentes semiológicos ambientales significantes (familia, educación, ambiente, religión, arte y deporte) componentes mass-mediáticos y componentes semiológicos a-significantes. Creo que Guattari al hablar de componentes semiológicos a-significantes se refiere a esos juegos significantes que no están relacionados con significados socialmente compartidos, pero que implican para la subjetividad en cuestión la generación y el flujo de determinados sentidos con efectos retroactivos sobre la configuración de la subjetividad. Un concepto de capital importancia en esta visión de la subjetividad es el concepto de "agencement" o de "agenciamiento", el cual remite a pensar que en lo social se dan conformaciones colectivas de enunciación que actúan unas veces en dirección singularizante y otras en dirección serializante, y que frente al panorama contemporáneo es menester buscar o crear nuevos universos de referencia para la deriva de los territorios existenciales.

objetividad, con o sin paréntesis, o en la recursividad de las distinciones privilegiantes o colegiantes, da lugar a diversos espacios psíquicos y a distintas explicaciones y modelaciones de los mismos.

La explicación edípica propia del psicoanálisis —que algunos califican de hermenéutica reductiva, en oposición a las hermenéuticas expansivas— es una de ellas. Por tal razón, considero que tal espacio psíquico y tal explicación corresponde a una cultura particular y no constituye un espacio psíquico ni una explicación universal. El triángulo simbólico con la figura de la madre y del hijo en la base y la del padre en la parte superior —en esto me detendré más adelante— no es constitutivo, sino generado por las redes de conversaciones recurrentes de una cultura particular. Pero, las redes de conversaciones, igualmente, pueden generar otras configuraciones simbólicas o matrices relacionales deseantes. La recursividad del conversar en la objetividad, entre paréntesis, y en distinciones colegiantes o, bien, en la biología del amar, genera espacios psíquicos y subjetividades diferentes.

Expresiones como “hay que vivir como los niños” y su opuesta, “dejar de ser niño” corresponden a dos formas de mirar y de emocionar diferentes, a dominios cognitivos psíquicos matrísticos o colegiantes y patrísticos o privilegiantes. El dominio de lo psicológico se encuentra en la relación del organismo con el medio. De acuerdo con Maturana, “lo que distinguimos en la vida diaria como la mente, la psique, o el alma, es la forma de relaciones de un organismo en su dominio de existencia, o uno de sus aspectos” (1995, p 53). Pues bien, en las conversaciones cotidianas de la cultura patrística se apela, inoficiosamente, a la figura de los niños como comparadores para cuestionar actitudes inaceptables de los otros⁴. En muchas reflexiones de los educadores de esta cultura, la figura de los infantes se utiliza para caricaturizar y sancionar determinadas actitudes, como si el infante portara una falta o una carencia intrínseca, como si estuviera en deuda con la seriedad y

⁴ Las culturas patrísticas son caracterizadas por Maturana como culturas en las que predominan dinámicas emocionales de lucha, control, dominación, exigencia e imposición.

el valor de la vida adulta. Pero, al infante no le falta nada como infante, si vive en su medio que es el amor. Lo que es donado no genera falta ni deuda alguna y la vida como tal es don.

No se dice tanto “deja de ser adulto”, o “deja de ser anciano”, como sí, “deja de ser niño”⁵. Algo similar sucede con la figura de la mujer. Este hábito semántico y emocional, —la agresividad que acompaña la expresión— devela la hostilidad inconsciente y, también, ostensiblemente manifiesta en la violencia de género y en la infantil que, por ello, la cultura patrística cultiva contra las mujeres y los niños y entre los hombres en general.

La tendencia estructural de la cultura patrística a distinguir y a utilizar la figura del infante en un sentido negativo se plasma en corrientes psicológicas que describen a los niños como perversos polimorfos, calificativo que expresa la ceguera frente a la polimorfidad propia del ser bio-cultural, que les obliga a ser, incluso, amadores polimorfos en el origen del vivir en el conversar⁶. Al nacer nuestros infantes, son amadores polimorfos, razón por la cual, hay niños que establecen ese estrecho vínculo con seres de otras especies en ausencia de otros seres humanos, como es el caso de los niños lobos. De igual manera, la mirada patrística ve como una característica intrínseca del niño la irresponsabilidad, aunque muchos adultos han asumido grandes responsabilidades desde edades tempranas y, aunque hay millones de niños que, pudiendo vivir su infancia desde la legitimidad de su ser infante, exhiben un grado de responsabilidad que no llegan a desarrollar muchos adultos. Como ocurre con todos los comportamientos que llamamos virtuosos, el valor correspondiente que le atribuimos

⁵ Este ligero comentario de tipo semiológico si se quiere, no pretende desconocer la dramática situación de violencia infantil, de violencia contra la mujer y contra el hombre que se vive en nuestra sociedad.

⁶ Desde un punto de vista generativo, los comportamientos humanos son aprendidos mediante la participación en la red de conversaciones en las que consiste y que caracterizan a una cultura. Una cultura ciega, a las posturas perversas de los adultos frente a los niños, ve luego las conductas respectivas de éstos como manifestaciones perversas “en sí”. Igual sucede con el trastorno por déficit de atención, con o sin hiperactividad, que tanto se diagnostica en nuestros días: muchos de los casos, de acuerdo con los mismos psicólogos, son producidos por la falta de una adecuada atención de parte de los padres hacia los niños.

nunca se agota, nunca somos la responsabilidad o la solidaridad, por ejemplo. En relación con la responsabilidad, siempre nos cabe ser más responsables, porque siempre nos es posible ampliar el campo de visión de las consecuencias de nuestros actos y, por lo tanto, la posibilidad de hacernos cargo de ellos.

El que ciertos aspectos, del vivir de nuestros jóvenes, nos lleven a cuestionarnos y a valorar negativamente formas de su comportamiento, forma parte de nuestro discurrir como padres y como educadores en los procesos educativos. Lo determinante es cómo elaboramos nuestras explicaciones acerca de tales fenómenos, cómo hacemos las valoraciones de sus comportamientos, cómo actuamos en consecuencia con nuestro rol y con nuestras explicaciones y cómo conversamos con nuestros niños y nuestros jóvenes⁷. La principal contradicción, de nuestra cultura contemporánea, consiste, a mi modo de ver, en que negamos el amar en nombre del amor, esto es, que negamos la legitimidad de los otros en nombre de un amor que justifica la deslegitimación que hacemos. Como ya he dicho, las valoraciones colegiantes de la figura del infante reflejan dinámicas psicológicas culturales diferentes⁸. Algunos ejemplos, son las imágenes discursivas de Jesús y de Nietzsche. En ellas, la figura de los niños es ideal. Aquí el problema es volver a ser niños. Jesús invita a ser como los niños para ingresar al reino de los cielos y Nietzsche, el filósofo del fin de la filosofía, también ve en la figura del niño —el que juega y evade los resentimientos— la figura del creador. El superhombre de Nietzsche y el hombre en gracia de Jesús son, ambos, niños.

⁷ En tanto que conversar es entrelazar emociones y lenguaje con otros, el tipo de conversaciones cultiva determinados dominios de acciones.

⁸ La dimensión psicológica del ser humano es como un pliegue de la dimensión cultural, puesto que ella es función del lenguajear y del emocionar, lo cual constituye el conversar en tanto que, a su vez, es lo cultural. La dimensión psicológica es una experiencia propia del observador, mientras que la cultura se sostiene mediante las redes de conversaciones de los observadores. Al respecto Maturana afirma que, “las diferentes clases de seres vivos viven diferentes espacios psíquicos, y los seres vivos de la misma clase pueden hacer lo mismo también. En verdad, los diferentes espacios psíquicos, ocasionan maneras diferentes de tocar, de oler, de ver, de emocionarse, de reaccionar, de moverse, de crecer, de levantarse” (1995, p. 55)

En el evangelio de San Lucas encontramos el siguiente pasaje de la vida de Jesús: “También le presentaban niños para que los tocara; viendo lo cual, los discípulos los reprendían. Jesús los llamó a sí, diciendo: Dejad que los niños vengan a mí y no se lo prohibáis, que de ellos es el Reino de Dios. En verdad os digo: quien no reciba el Reino de Dios como un niño, no entrará en él” (Nacar y Colunga, 1978, p. 1331). Por otro lado, en *Así habló Zarathustra*, el niño representa el estadio final del proceso de las tres transformaciones del espíritu: “Mas ahora decidme hermanos míos: ¿Qué es capaz de hacer el niño, que ni siquiera el león haya podido hacer? ¿Para qué, pues, habría de convertirse en niño el león carnicero? Si hermanos míos, para el juego divino del crear se necesita un santo decir “sí”: el espíritu lucha ahora por su voluntad propia, el que se retiró del mundo conquista ahora su mundo.” (Nietzsche, 1995, p. 18). Las valoraciones de Jesús y de Nietzsche son vitalistas, neomatricistas y colegiantes, según mi parecer, y distan de la imagen que la psicología decimonónica tenía del niño⁹.

De hecho, la historia de Edipo, Layo y Yocasta es representante de espacios psíquicos patristicos, en los que el hijo no es querido por el padre en la legitimidad de su ser. Cuenta el mito que Layo supo del Oráculo que su hijo iba a matarlo, motivo por el cual decidió eliminarlo cuando naciese. Para ello, lo hizo abandonar en un bosque perforándole los pies para fijarlo en el suelo y dejarlo a merced de los animales. Pero el niño fue rescatado por un pastor y adoptado por los reyes de Corinto que lo criaron con amor. Por tener los pies hinchados le pusieron Edipo. Este creció y, siendo joven, al enterarse que el Oráculo había dicho que él iba a matar a su padre, para no hacerlo huye a Tebas.

Allí, en un cruce de caminos, es interceptado por un anciano que le impide el paso. Edipo, furioso, mata al anciano quien en realidad

⁹ Toda la propuesta de Jesús descansa en la vivencia del amor al prójimo. Por su parte Zarathustra afirma: “En verdad: amamos la vida no porque estemos habituados a vivir sino porque estamos habituados a amar”. El amor que proclama Zarathustra no es el amor al prójimo devenido del cristianismo, del cual se separa en contrapunteo en su discurso, pero quizás sí pueda ser emparentado de alguna manera con el amor que proclama Jesús.

era Layo, su padre biológico. Al llegar a Tebas, vence a la Esfinge y, desposando a Yocasta la reina, sin saber que era su madre, es nombrado rey. Cuando Yocasta lo descubre todo, se suicida y Edipo preso de la culpa se arranca los ojos y marcha al exilio. Pues bien, el vaticinio del oráculo, según el cual, Edipo asesinará a su Padre Layo, expresa la visión vindicativa e incompatible del amor del padre y del hijo hacia la esposa y madre, en este espacio psíquico. La reacción suicida de Yocasta y Edipo reflejan el imperio del sentimiento de culpa que conlleva al castigo propio o ajeno por la equivocación en este espacio cultural. Telémaco, Ulises y Penélope expresan, al contrario, un espacio psíquico alternativo, en el cual, la relación entre padre e hijo no es competitiva ni excluyente, sino complementaria en el cuidado que debe recibir la esposa y la madre. Más aún, Telémaco contribuye a preservar el amor entre padre y madre. En este dominio psíquico, el descubrimiento del equívoco que podría llevar a compartir el lecho entre hijo y madre no desencadenaría una tragedia, un drama quizás, pero una tragedia no.

Maturana observa que, en la actual cultura patristica europea, vivimos una devaluación de las emociones y de las figuras de los niños y las mujeres, como correlato de la supervaloración que se hace de la razón y de la figura del hombre. Esto se hace patente, a través de múltiples situaciones y planteamientos. Por ejemplo, en la estructura que propone el psicoanálisis, para explicar la configuración síquica del inconsciente y sus posibles soluciones básicas correspondientes a la estructuración masculina o femenina del deseo, encontramos, como lo dije antes, el triángulo simbólico en cuyo vértice superior se ubica la figura del padre mientras que en los vértices inferiores se disponen las figuras de la madre y del hijo. Si tenemos en cuenta que esta estructura se propone para comprender las dinámicas simbólicas, relacionadas con el deseo de la vida síquica de los seres humanos, es pertinente hacer una lectura simbólica y, al mismo tiempo, valorativa de estas disposiciones.

En rigor, esta disposición piramidal refleja efectivamente las valoraciones inequitativas que la cultura patristica promueve

consciente e inconscientemente de las figuras del hombre, la mujer y del niño, tanto como de la razón en relación con la emoción, mediante las redes de conversaciones que la constituyen. Arriba, queda el hombre como ser racional y, abajo, queda la mujer y el niño con su exceso de emoción y su deficiente razón. Se olvida o hay una ceguera, frente al hecho de que, por ser sistemas vivientes, todos somos emocionales a cada instante ciento por ciento. Las emociones son estados dinámicos de nuestras corporalidades y no se ve que, a cada instante, hay una emoción que nos embarga, la misma que puede ser de adultez, de seriedad o de otra cualquier índole; mientras estemos vivos, siempre hay una emoción en nosotros.

Desde el ámbito propio del psicoanálisis, lo “masculino” –concepto referido al dominio del deseo sexual– no designa lo mismo que connotamos cuando decimos “hombre” –término referido al dominio del comportamiento social–, ni lo mismo que señalamos cuando decimos “macho” –palabra referida al dominio biológico–. Lo femenino, también, es distinto del ser mujer o del ser hembra. Pero, al margen de ello, la configuración piramidal que origina una estructura del deseo masculina o femenina, descrita en términos de madre, padre e hijo, con el padre en la cúspide y la madre y el hijo en la base inferior, describe, efectivamente, una relación interpersonal en la que los conceptos de jerarquía, poder y ley son atribuidos como privilegio a la figura del padre, que, generalmente, es representada por un hombre.

Creo que, en esta descripción, el psicoanálisis se ha equivocado al plantear la universalidad de una estructura que es parcial e histórica, razón por la cual, no es aplicable a cualquier tipo de cultura. Comprendo que se proponga un modelo piramidal para explicar el inconsciente en sociedades o culturas patrísticas, en las cuales, los fenómenos de las jerarquías, los privilegios, la ley, la norma y la castración son fundamentales. Pero, a mi modo de ver, dicho reparto constituye la verdadera matriz del malestar en la cultura. Igual, pienso que dicha estructura no es aplicable a culturas, sociedades o familias en las

que dichos fenómenos no son hegemónicos, es decir, a dinámicas relacionales interpersonales en las que, en lugar de las jerarquías, se promueven estructuras planas con diferencias de roles que no traen privilegios sino responsabilidades.

No es aplicable a culturas con dinámicas relacionales en las que, en lugar del imperio de la ley, se promueve la norma como una coordinación de acciones sostenidas, es decir, como armonización de conductas por conveniencia recíproca, desde el respeto, para mantener la continuidad del transcurrir vital en el bien-estar, con procedimientos serios para su trasgresión anti social, pero, que no constituye la noción de ley como deseo de normalización impositiva de los comportamientos o conductas de los integrantes de la comunidad; no es aplicable, a culturas con dinámicas relacionales que conservan las coherencias operacionales del vivir, que mantienen las relaciones armónicas con el entorno natural y con los demás, no desde la imposición de una forma particular de proceder, sino, desde la consagración o recursividad de un hacer al que se invita, de forma implícita o manifiesta, mediante el cultivo de la lúdica y el juego.

El modelo edípico no es viable para comprender a sociedades en las que las dinámicas relacionales interpersonales no promueven el sentimiento de culpa o de castración, sino, el sentimiento de permanente responsabilidad y poder de restauración, entendido como la posibilidad de volver a ser integrado, mediante el hacerse responsable de una falta a la comunidad, a través de la realización de las acciones reparadoras correspondientes que, en lugar de indignar a la persona transgresora, precisamente, le otorgan la dignidad de la responsabilidad. En una palabra entiendo, mas no comparto, que la estructura universal planteada por el psicoanálisis, para explicar el inconsciente, esté inspirada en el complejo de Edipo. En las culturas patristicas la emoción de la competencia ingresa al vivir de las relaciones familiares, a tal punto que, el amor del hijo y del padre por la madre, pueden ser vistos por éstos como antagónicos, aunque, necesariamente,

no sea visto de esa manera por la madre. Además, Freud no reconocía la existencia de las culturas matrísticas. Asimismo, la praxis de las distinciones privilegiadas trae consigo repartos y reflexiones de la misma índole. Aunque Freud, de procedencia judía, pone entre paréntesis y explica la religión como un fenómeno neurótico colectivo, no logra desembarazarse de la estructura piramidal, subyacente a este pensamiento, cuando propone explicarlo con el Edipo.

Para la explicación del espacio psíquico, propio de las culturas matrísticas, –espacio que hemos vivido en algunas de nuestras redes de conversaciones y observado en algunas culturas de vivires prístinos– es totalmente inadecuado este modelo, porque, en ellas, se vive una vida psíquica abierta por el vivir en la recurrencia de conversaciones que conllevan correlatos emocionales completamente diferentes a las patrísticas; dinámicas emocionales que conducen a relaciones con el otro, en las cuales, las estructuras simbólicas piramidales no surgen, en las que no surge un padre detentando una ley y reservando para sí privilegios; tampoco, se ve en la naturaleza la presencia de leyes, como sí configuraciones de relaciones y de acciones con el medio que se observan como normales, –entendido en sentido estadístico básicamente– que permiten el fluir de la armonía del vivir y que se cultivan, no por obediencia, sino, por la conveniencia propia que acarrear al conservar y ampliar la integración con los otros y con el medio. En estas culturas, no hay antagonismos en ninguna etapa de la vida entre el hijo y el padre; asimismo, ninguno es poseedor de atributo alguno que traiga para él privilegios o ascendencias de poder sobre los otros.

Si consideramos que las culturas patrísticas han sido cultivadas desde hace 10.000 años, aproximadamente, mientras que las culturas matrísticas han sido el ámbito del surgimiento de la especie, y su cultivo se extendió por unos tres y medio millones de años, es correcto afirmar que como especie hemos vivido en espacios psíquicos durante millares de años, diferentes a los que el psicoanálisis describe.

El proceso que genera el desarrollo de un adulto responsable no requiere de ningún tipo de exigencia, como sí, del crecimiento en un ambiente donde el hacerse responsable de los actos, así como del cultivo y la consagración a los quehaceres, que amplían el disfrute del vivir en armonía con los otros y con el medio, sean una constante del vivir de la cotidianidad de la comunidad de la que es integrante. Un niño responsable surge, espontáneamente, en un entorno responsable y, la ampliación de su responsabilidad es, sencillamente, congruente con la ampliación de la capacidad de distinción de su percepción, de la ampliación de sus experiencias y, por lo tanto, de la ampliación de los dominios de realidad que éste dimensiona con las capacidades de su hacer, en relación con los otros y con el medio en que habita.

Algunas reflexiones o métodos terapéuticos, de carácter psicológico, apelan a la figura del niño para describir su práctica, afirmando que se trata del acto de permitir que salga el niño que llevamos dentro. Pero, no hay dentro de nosotros ningún niño escondido que haya que liberar. Lo que somos, de forma permanente, en cada una de las fases de nuestro desarrollo o devenir como seres vivos que habitamos en el lenguaje, es el resultado del entrelazamiento de las dinámicas cambiantes de nuestra fisiología con las dinámicas cambiantes de las relaciones con el medio. En este proceso espontáneo del vivir, queda una gama de relaciones cambiantes, entre redes del sistema nervioso, correspondientes a las dinámicas emocionales matrísticas, generalmente preponderantes, en nuestra infancia, que pueden, una vez se pierde su primacía con el tránsito a la cultura patrística, volver a ser prevalecientes; y es a este proceso al que, pienso, aluden las metáforas mencionadas anteriormente.

Volver a vivir como se vive de niño, entonces, no es una invitación a la irresponsabilidad, es una invitación a vivir en la espontaneidad del propio vivir, en el desapego, en el juego, en la creatividad, en la sensualidad y en la aceptación recíproca, en el reconocimiento de nuestra naturaleza de seres emocionales. Sólo, esta condición,

nos permite hacernos seres responsables de nuestras acciones, ya que siempre realizamos las acciones que pueden generar nuestras emociones. Educar en el amar es educar en la responsabilidad y la primera responsabilidad es la conservación del amar. Estos, son los grandes rasgos de los espacios psíquicos matrísticos en los que se habita en la objetividad entre paréntesis y en distinciones colegiantes, es decir, los propios de la biología del amar.

Considero, que el paraíso propio del cristianismo o de la cultura occidental, expresa el sentido y el mecanismo de configuración de espacios psíquicos colegiantes, espacios psíquicos situados más acá de la frontera del reino del bien y del mal, es decir, situados más acá de la consideración de juicios morales absolutos o del poder ver las cosas en la objetividad última de su valoración moral. Es el sentido que descubro en la advertencia divina de “no comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal”. Pienso que este pasaje del génesis, que establece una prohibición fundamental y que centra la relación en la obediencia, es ya una elaboración dentro del vivir místico patrístico; pero, es muy probable, que en sus orígenes tuviera la forma de un anuncio o advertencia de la divinidad frente a una postura que desintegra el vivir en el bienestar consigo, con los otros, con la biosfera y con la divinidad. Si Nietzsche sitúa al superhombre más allá del bien y del mal, espacio psíquico, también, alternativo al edípico, el paraíso cristiano describe otro situado más acá. La prohibición de comer de un fruto determinado como condición expresa para conservar el paraíso, indica la necesidad sistémica de tener que apartar de la propia vida, las praxis del vivir que disuelven lo que, en verdad, se desea y se puede conservar en las mismas, saber: el bien-estar.



Referencias

- Cassirer, Ernst (1991). *Antropología Filosófica*. Santa fe de Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Freud, Sigmund (1991). *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Maturana, Humberto (1990). *Emociones y lenguaje en educación y política*. España: Dolmen.
- _____ (1995). *De máquinas y seres vivos. Autopoiesis: la organización de lo vivo*. Chile: Universitaria.
- _____ (1995). *La Realidad: ¿Objetiva o construida?* Barcelona: Anthropos.
- _____ & Varela, Francisco (1996). *El árbol del conocimiento*. Santiago de Chile: Universitaria.
- _____ (1996). *Desde la biología a la psicología*. Santiago de Chile: Universitaria.
- _____ (1998). *El sentido de lo humano*. Bogotá: Tercer Mundo.
- _____ (2002). *La objetividad un argumento para obligar*. Santiago de Chile: Dolmen.
- _____ (2002). *Transformación en la convivencia*. Santiago de Chile: Dolmen.
- _____ & Verden-Söller, Gerda (2003). *Amor y juego: fundamentos olvidados de lo humano*. Chile: J. C. Sáez.
- _____ & Dávila, Ximena (2003). *Memorias del Seminario sobre Matriz Biológica de la Existencia Humana: Biología del Amar y Biología del Conocer*. Santiago de Chile: Instituto Matriztico.
- Morín, Edgar (1983). *El Método II: la vida de la vida*. Madrid: Cátedra.
- _____ (1994). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Nacar, Eloino & Colunga, Alberto (1978). *Sagrada Biblia*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Naranjo, Jorge Alberto (1995). *Estudios de filosofía del arte*. Vol. II. Medellín: Alpez.
- _____ *Deleuze* (1996). Medellín: Fondo Editorial Biblioteca Pública Piloto.
- Nietzsche, Friedrich (1995). *Así habló Zarathustra*. Barcelona: RBA.